

costumbres, (1) y está condenando sin cesar esos libros impíos y esos papeles efemerídicos, que derraman sin intermision veneno para las almas: el que ha defendido siempre los fueros de la verdadera libertad, y condenando igualmente el abuso de la misma, así como la tiranía, y hoy está viendo que, á fuerza de ese abuso, la sociedad ha llegado al borde de un abismo, ¿podía plantear esa malhadada libertad en su pueblo? Esto equivaldría á empeñarse en que de un mismo foco que es de pura luz, saliesen tambien tinieblas, y que en una misma fuente brotase en un mismo borboton agua dulce y salada. Esto no puede ser en el orden fisico, y mucho ménos en el moral: el rey de Roma reina y gobierna segun los preceptos de Dios, que dicen así: *oh reyes, amad la sabiduría, á fin de que reinéis para siempre: el rey sábio es la salud del pueblo.* (2) *el necio, su ruina.* (3)

Así las cosas, empezó á asomar su cabeza un áspid, cuya primera mirada fué bastante para que se comprendiese que, si le dejaba crecer, vendría á ser un dragon que destruiría con su ferocidad la viña del Señor. *Reconciliacion, Santo Padre*, decian voces sirénicas: *reconciliacion con el progreso moderno: la Iglesia católica ganará mucho; y aparecerá grande y generosa, y el número de sus hijos se aumentará, entrando en su seno las naciones disidentes en doctrina.* Poco pesadas quizás en la balanza del criterio católico eran estas frases en unos, malignas y traidoras en los lábios de otros, y atentatorias á las prescripciones eternas de la verdad lo eran en todos. Se ha querido que los legos tomasen parte en el gobierno de las Iglesias de sus respectivas localidades, así como en la teoría utópica de las cosas mundanas se pretende que nadie apronte para el bien comun del pueblo, sino lo que él juzgue que debe erogar. Se ha pretendido, que la Iglesia forme convenio fraternal con la libertad sin freno que se dá hoy dia, para que en los teatros, escuelas de costumbres, se alabe el vicio, se represente la

(1) I. Cor., cap. XV, v. 35.

(2) Sap., cap. VI, v. 22, 26.

(3) Eccli., cap. X, v. 3.

obscenidad, se aplauda al impudor, se enseñe á formar conspiradores, se haga la apología del regicidio, se ostenten con sarcasmo las cosas sagradas, y se dé tanto valor moral al amor de un padre y una madre, como el de un adúltero y una esposa desleal; que en las aulas se enseñe tambien el ateísmo y el materialismo, y el panteísmo, y esos nefandos inventos, de ser el hombre un hijo del mono, un discípulo de los animales, pero que ha sido mas sábio que sus padres y sus maestros, pues se ha formado para sí un Dios, una religion y un sacerdocio; que en la sociedad se tribute igual honor y respeto á Dios y á Lucifer, á Cristo y á Mahoma, al virginal retrato de la Madre de Dios, como al ídolo inundo de Chipre ó del Indostan, y en las grandes ciudades se conceda una existencia legal á la demoralizacion de costumbres, y se convierta esa legalidad en un tributo para mantener las cargas del Estado, que forme acervo con el del hombre honrado y la mujer casta. Se ha querido que el Vicario de Cristo entre en pacto con los que destruyen las obras del mismo Cristo, derriban sus templos, arrojan del claustro á sus esposas, y les conceden ménos privilegio y garantías que á las ramerías; con los que lanzan del retiro á los religiosos y los llevan al vivac y al campamento, encarcelan Obispos, porque obedecen á su Cabeza, á sacerdotes, porque obedecen á sus Obispos y obran segun su conciencia con arreglo á la ley de Dios; con los que trabajan, en fin, sin cesar, para desterrar á Dios de la sociedad humana, y volver á los hombres, á fuerza de propinarles el ópio de la libertad, estúpidos en religion, enervados en el amor mismo de su propia felicidad, y esclavos de las pasiones.

¿Quién no se enardece en celo de la verdad al oír esto? ¿Quién no se llena de una santa indignacion en presencia de tanta temeridad? ¿Quién no exclama con el profeta Isaias: *la tierra está llena de infeccion por sus habitantes, porque traspasaron las leyes, mudaron el derecho y anularon el pacto sempiterno, haciendo por esto que la maldicion la devore, y que pierdan el sentido y se enloquez-*



can los que cultivan la viña? (1) ¿Puede el Vicario de Cristo hacer concordatos con la iniquidad, con la rebelion contra Dios y la apostasia de la fe revelada? ¿Qué tiene que ver la luz con las tinieblas, el fiel con el infiel, Cristo con Belial? (2) El Padre santo es rey segun la política sagrada de Dios, no segun la sacrilega de Lucifer: Dios destruye lo malo para edificar lo bueno: Lucifer restituye lo bueno, para no edificar nada. Dios en su sabiduria infinita permite, como dice san Agustin, algunos males, y los tolera para que no se pierda un bien; pero no remedia un mal con otro mal, ni un pecado con otro.

La política de Dios en el gobierno de la sociedad humana, cuyos individuos, sin esceptuar uno solo, son libres para seguir el camino de la rectitud; no pudiendo nadie imprimirles necesidad intrínseca ni extrínseca para cometer el pecado; consiste en enseñar á los séres racionales los medios de obrar con arreglo á la ley eterna; en proporcionarles los medios y los auxilios que ellos no pueden tener por sus propias fuerzas; en remover los obstáculos que les puedan venir de una fuerza exterior, y darles la gracia para que puedan vencer los que opone á cada cual la debilidad intrínseca de su naturaleza viciada; en no violentar á nadie, sino dejarle que siga el camino que lo lleva al cielo ó al abismo; y en tolerar con sapientísima longaminidad, que haya en esa gran heredad de Dios trigo y cizaña, grano y paja, corderos y cabritos, hasta que llegue el gran dia de segar el trigo junto con los cardos, separar el grano de la paja, al cordero del cabrito, allegar el grano en las trojes de Dios, y llamar al cordero á su eterno redil, echando la cizaña, la paja y los cabritos al lago del fuego inextinguible. Esta es la política divina que Jesucristo nos enseña en el Evangelio. Y es por cierto bien contraria á esta, la que observa Satanás en el gobierno de su reino tenebroso.

En la política de Satanás no hay libertad sino esclavitud

(1) Isai., cap. XXIV vv. 5, 6.

(2) II, Cor., cap. VI, v. 14.

vitudo (1) allí no se permite elevacion del alma sino envilecimiento, degradacion y ruina; (2) allí, se proporcionan con liberalidad todos los medios de corromper el entendimiento, extragar la voluntad y aniquilar las potencias del alma, para que no entre jamás en ella la sabiduría, la cual, como dice el sábio, no puede vivir en cuerpo sujeto al pecado; (3) y se dan por patrimonio de esta esclavitud, glorias que pasan como el humo, y riquezas que devora la polilla. (4) Allí la orden del dia es siempre la misma: coronémonos con rosas, dice, antes que se marchiten: no haya un prado de lujuria, donde no pongamos el pié: (5) comamos y bebamos, que mañana hemos de morirnos: (6) allí, la consigna de accion no se cambia jamás; reduciéndose á oprimir al justo, por ser contrario á Satanás en sus obras, atormentarlo, tentarlo, probar su virtud, y exterminarlo en último caso, para que ni memoria quede de él en la tierra: (7) allí, no hay ilustracion alguna, sino ceguedad intelectual que dura para siempre; (8) y por fin, allí no hay paz; pues la bestia que cayó del cielo, y se pasea entre los pueblos de la tierra, no tiene boca sino para blasfemar contra Dios, contra su nombre, contra su santuario, y contra los que habitan en el cielo; ni emplea sus fuerzas mas que en hacer guerra á los santos, (9) ¡Ah! Ese tirano de las almas vestido de arriba abajo de sangre, no se ha mostrado á la faz de la tierra, sino para arrancar de su seno la paz (10)

Véase por tanto qué inmensa distancia, y qué diferencia tan opuesta hay entre el código de la política de Dios que es nuestro padre, y la legislacion de la curia de Satanás que es el tirano de las inteligencias, que quieren adoptar su tenebrosa civilizacion y vivir en su

(1) Job., cap VIII, v. 34.

(2) Mat., cap. IV, v. 9.

(3) Sap., cap. I, v. 4.

(4) Mat., cap. IV, v. 8.

(5) Sap., cap II, v. 8.

(6) Isai., cap XXII, v. 13.

(7) Sap., cap. II, v. 12. etc.

(8) Ibid., cap. II, v. 21.

(9) Apoc., cap. XI, vv. 6, 7.

(10) Ibid., cap VI, v. 4.



reino. Entre tanto, pónganse la mano sobre el pecho, y dígasenos, si hay un padre que dé á su hijo una piedra cuando le pide pan, y le presente una sierpe venenosa, cuando le pide un pescado; [1] dígasenos, si hay una madre que no aparte de su hijo tierno el acero ó el veneno, con que puede mutilar alguno de sus sentidos ó suicidarse sin saberlo; si hay alguna, que, aun en medio de sus extravíos, no quiera que su hija sea pura como la azucena, y no sea testigo de sus infidelidades. Puede haber madres que se olviden de sí mismas hasta ese extremo; pero todos las llamarían madres crueles, que, semejantes á la fiera tintorera que al parir sus hijos entre las aguas salobres, va tragándose á los que no huyen rápidamente, devoran á sus propias hijas. Pues bien: todo rey es un padre, es una madre de su pueblo; y entre todos los reyes de la tierra, el Vicario de Cristo es padre de todos los creyentes en la fe; y en la sociedad civil, es por excelencia el padre de sus vasallos. ¿Puede por la tanto aprobar en el mundo un progreso mentiroso que es la ruina de la religion, y dar sancion á la bandera de la libertad, que, segun anunció su predecesor, habia de desplegarse en la sociedad como un velo encubridor de toda malicia? [2] ¿Podia acceder á esas voces, que pedian reconciliacion y convenio con una civilizacion destructora de la fe y de los preceptos divinos? ¿Podia introducir en sus Estados la legalidad del crimen amparada por la propia autoridad del que, á semejanza de Dios, tolera que haya pecadores entre sus súbditos, se compadece de los que yerran, amonesta á los que caen en error, pero no puede entrar jamás en pacto con el pecado, con la mentira, con la herejía, ni con la política que se funda en principios y axiomas contra la ley eterna?

Es preciso no echar en olvido que, en cuanto concierne á la religion, toda la sociedad es un niño, un niño de vastas dimensiones, que necesita siempre de la tutela y direccion de su padre. Por más que oigamos decir, que el linaje humano ha llegado á la cumbre de las

(1) Mat., cap. VII, vv. 9, 10.

(2) I, Pet., cap. II, v. 16.

ciencias; todo eso es una paradoja filosófica; pues, aparte el decir que hasta hoy dia no sabemos ninguno de los grandes secretos de la conexion que tienen entre sí esos globos inmensurables que pueblan los espacios, de los cuales solo podemos observar los fenómenos; ni siquiera conocemos el cómo se visten tan galanas las flores, y pasan los jugos de la raíz de una yerba hasta su punta, ni otras mil cosas que ignoramos; todavía no hemos visto un solo hombre que herede de su padre la ciencia y la sabiduría; porque esta la dá Dios insensible y paulatinamente á cada uno; habiendo para todos un límite, del cual, aun en las ciencias naturales nadie puede pasar en la tierra, y en las divinas ni aun en el cielo; porque la comprension de Dios, segun el modo de Dios, solo es propia del mismo Dios. Y ¡qué! por muy difundido que esté en el mundo el conocimiento de la verdad revelada; por innumerables que sean los que la enseñan, ¿no sabemos todos que el hábito sobrenatural de la fe es un don de Dios que dá á cada uno en el santo bautismo, y que esta fe va fortificándose y aumentando con la enseñanza, y con la cooperacion del creyente y su correspondencia á los auxilios divinos? ¿No sabe infaliblemente el Vicario de Cristo que el depósito de la doctrina revelada no ha recaido en los pueblos, ni los reyes, ni en cada uno de los Pastores, sino en aquel á quien ha dicho Dios con decreto irrevocable, que enseñe á todos sus corderos, y le ha asegurado, á él solo, que su fe no ha de caer jamás? ¿No sabe que él, y no otro, es el maestro infalible, que ha de enseñar siempre á este gran párvulo compuesto de todo el linaje humano, y que el que no quiera oír su voz, no pertenece al reino de Dios, y que no puede él, que ha de salir por los fueros de la verdad y la justicia, hasta morir en su defensa, entrar con convenio con la iniquidad y la apostasía de quien quiera enseñar el error?

Considérese en consecuencia, si el soberano Pontífice podrá jamás admitir la palabra *reconciliacion* con una civilizacion, que reduce los principios del derecho, á la fuerza; los de justa posesion, á la consumacion de un hecho; la honestidad de las obras, á la habilidad para



hacer las malas, sin que un prójimo las vea; la moral pública, á permitir que haya toda la hediondez de los antiguos misterios eleusiacos, con tal que se perpetren entre cuatro paredes; la libertad en poder cada cual creer lo que quiera, y predicar las malas doctrinas; la institucion de la juventud, en abreviar su alma con los errores; la doctrina religiosa, en aniquilar al Sér divino en el panteismo, en el deísmo, en el naturalismo y en la negacion absoluta; y el fin del hombre, en la sensualidad, en el libertinaje y en la soledad de la tumba. Ni como Maestro de los creyentes, ni como rey de justicia y de paz para su pueblo podia el romano Pontífice acceder á esa reconciliacion con semejante progreso, destructor de la religion y de los principios eternos de la justicia; ni plantearlo en su pueblo. Es una verdad inconcusa, que mientras el ángel en el cielo y el hombre en la tierra cumplieron con los deberes de justicia, dando á Dios el honor que le correspondia, reinó en ambos parajes la paz; lo es tambien que el gran tipo que representó al rey de los siglos, Melquisedech, primero se llama, como nota con sabiduría celestial el Apóstol, (1) rey de justicia, y despues rey de paz; ni lo es ménos que, para que pudiese ser anunciado al mundo que se daba paz á los hombres, (2) fuè preciso que el Verbo eterno, hecho hombre, se humillase infinitamente ante su Padre en nuestra naturaleza que tomó, y cumpliese con el deber de justicia á que todo el linaje humano habia faltado; y por fin, es indudable que el Profeta constituye el ósculo santo, no entre la paz y la justicia, sino entre la justicia y la paz: *La justicia y la paz, dice, se besaron.* (3) precede pues la justicia á la paz, como la causa al efecto, como la aurora al sol; por lo que, para que en las naciones hubiese una paz inalterable, como aquella que Dios prometia por Isaías, que habia de derramar sobre su pueblo, semejante á un rio caudaloso que lo llena todo, (4) una sola cosa basta, y es, practicar obras

- (1) Hebr., cap. VII. v. 2.  
 (2) Luc., cap. II, v. 14.  
 (3) Ps. LXXXIV v. 11.  
 (4) Isa., cap. LXVI v. 12.

de justicia; pues *el fruto de la justicia será la paz.* (1) Todo esto es infalible, como salido de los labios de Dios: la paz y la felicidad de los pueblos ha tenido siempre por base la obediencia á Dios, y la observancia de sus preceptos. Preguntamos, pues, por última vez: ¿Podía el Vicario de Cristo como Pontífice de la Iglesia católica, como Doctor de toda ella, como Maestro de la fe y la doctrina, como depositario de la verdad, como padre de todos los fieles, y como rey justo y pacífico de su pueblo, abrir las puertas al progreso de una civilizacion que está consumando aquel apartamiento terrible de que habla el Apóstol, (2) diciendo que ha de ser el precursor del hombre de perdicion, rebelándose contra la autoridad divina, hollando la doctrina de Jesucristo, erigiéndose en maestra del mismo Dios, pretendiendo arrogarse el derecho de dar lecciones al Maestro constituido por Cristo, sembrando la discordia en la tierra, arrancando la paz de la sociedad, y ocupándose en ver quien llega con algun invento formidable á consumir los deseos de aquel emperador feroz, que sentia no tener una mano tan fuerte y una hoja de acero tan poderosa, que cortase la cabeza á todos los hombres de un solo golpe? Admitan norabuena esta civilizacion aquellos que están como embargados mirando de hito en hito á esa meretriz que, sentada sobre muchos pueblos, ostenta sus vestidos de oro, de piedras preciosas y de perlas, llevando en su mano la copa de oro de sus iniquidades; pero el Vicario de Cristo no. Admítanla aquellos potentados, que se postran ante la gran Babilonia, y están destinados á preparar los caminos del dragon del abismo, y *han de hacer la guerra al cordero de Dios;* (3) pero el Maestro de la fe no. Admítala esa sociedad corrompida, que aladora á la béstia del abismo, diciendo que estos prodigios de la moderna civilizacion, que mueve el hierro como las aristas, le bastan para ser feliz; pero el Doctor de la verdad y de la fe no. Admítanla esos pueblos, en

- [1] Isai, cap. XXXII, v. 17.  
 [2] II, Tess., cap. II, v. 3.  
 [3] Apoc., cap. XIII, vv. 4, 14.



cuyo seno el grande y el pequeño, el rico y el pobre, el hijo y el siervo han adoptado en sus pensamientos y en sus obras el carácter de la béstia, el cual podemos decir que es *la libertad*, y sin cuyo carácter nadie puede ni vender ni comprar; pero el que está destinado á pelear con ella, á auventarla, á lanzarla rayos, defendiendo la santa libertad y la santa doctrina de Jesucristo, no. (1) Retírese la sabiduría de todos los sábios, la bondad y prudencia de todos los reyes, la justicia de todos los tribunales, pero no del que es la sal de la tierra, el faro de las inteligencias cristianas, el defensor del derecho, el sostén de la verdad, el sol que irradia la fe de los astros de la Iglesia, y el encargado por Dios para sostener la verdad; pues no llamará jamás al error, sino error; á la iniquidad, iniquidad; á la mentira, mentira, y á la mala libertad, libertad satánica.

Palpables son las tendencias de la conjuración contra el Vicario de Cristo: se ha intentado que la sociedad no tenga sino un solo lenguaje, un solo pensamiento y una sola acción; introduciendo en todas partes las mismas instituciones liberales, acompañadas de los mismos principios de nuevo derecho contrario á ley de Dios; y esto se ha hecho para poder decir á los pueblos, que el romano Pontífice no quiere asociarse al grande y saludable movimiento de la civilización moderna; que es un retrógrado que pretende estacionarse en los tiempos de la ignorancia y la barbarie, y un obstinado en teorías añejas y caducas, á quien es preciso obligar, de buen ó de mal grado, á que dé sanción á las nuevas doctrinas del progreso. Líbrenos Dios de calificar esta pretension de lo que se supone que es, impía y herética: debemos llamarla con el nombre que le debe dar la simple razón ilustrada por la historia del linaje humano; y este calificativo no puede ser otro, sino el de pretension necia, que rebaza por todas partes ignorancia é ingratitude.

¿No se acuerda esa Europa moderna de que son los sucesores de San Pedro los que la han formado? ¿No tiene presente que fué San Pedro, quien envió á las

(1) 'Apoc., cap. XIII, vv, 7, 16, 17,

márgenes del Rhin, al interior de las Galias y de las Españas, aquellos santos Obispos que les predicaron la santa libertad del Evangelio, cuyas doctrinas han sido la espada que ha ido cortando las cadenas de la antigua esclavitud introducida por la ley de la fuerza? Las águilas romanas que subyugaron la tierra y aherrojaron á sus moradores con un yugo ferreo, empezaron á abatirse con la dispersion de los Obispos enviados por los Papas á todas las provincias del imperio; y al fin cayeron todas á tierra á medida que fué izándose en sus hastas vetustas el lábaro de Cristo. No queremos interpelar á ninguna nacion en particular; exceptuando á una, cuya historia antigua tiene mil y mil páginas gloriosas, que nunca hubiera podido escribir, si no hubieran existido los Papas. ¿No tiene la altiva Albion consignado en sus libros becerros, que sus hijos eran vendidos, todavía en el siglo sexto del cristianismo, en los mercados europeos, como se venden todavía en la antigua Estambul los infelices circasianos? ¿No recuerda que fué un Papa, quien compadecido de ver á jóvenes de aspecto angelical, ligados de dos en dos en público mercado, para ser vendidos, dispuso al momento, que fuesen operarios apostólicos á aquellas regiones de las arenas blancas á predicar el Evangelio, para que desapareciese de ellas aquel tráfico ominoso, y supiesen todos sus habitantes, que eran todos hermanos, é hijos del Padre celestial? (1)

Regístrense sin pasión las hazañas gloriosas de esa nacion, los hechos de sus monarcas, y hasta sus glorias guerreras, desde la familia real de Kent hasta los dias de Guillermo de Normandía; y se verá que ni un solo

(1) Sabida es de todos aquella escena tierna que pasó en Roma entre san Gregorio Magno y los que le acompañaban, al pasar por uno de los mercados de la ciudad. Vió el santo Pontífice una muchedumbre de mancebos de blanca tez y de cabellera rubia, que estaban silenciosos como si fueran corderos. Preguntó el santo quiénes eran aquellos jóvenes, y le contestaron que eran esclavos que estaban de venta: y ¿de dónde son? preguntó de nuevo: son ingleses, le contestaron; *sunt angli*. ¡Ah! dijo entonces: *non angli, sed angeli ii vocandi*: no anglos, sino: ángeles debían ser llamados. A los pocos dias salian para Cantorberi el gran apóstol de Inglaterra San Agustín, con otros muchos que le ayudasen en la obra de la ilustración de aquel gran pueblo. (Berault Bercastel, *Historia de la Iglesia*, siglo sexto.)



hecho, el más insignificante, hubiera tenido lugar, sin aquella influencia saludable que los Sumos Pontífices ejercían por aquellos tiempos en todas las naciones de la tierra ilustrada por el Evangelio. Fueron estos los que por medio de los Obispos que enviaban, iban formando poco á poco una sociedad perfecta, desterrando de ella las tinieblas de la ignorancia, estableciendo los principios de justicia, introduciendo la lenidad en los corazones de caudillos, antes feroces; aboliendo por medio de la célebre *Tregua de Dios*, la costumbre salvaje de los desafíos, llevados á efecto por aquel mal entendido punto de honor de los señores de feudos y caballeros errantes de los tiempos antiguos; y conservando por medio de los monjes la literatura del Oriente, que hubiera perecido sin esta solicitud de la Iglesia.

Ningun hombre de sano criterio puede negar esto; así como está obligado á confesar, al leer la historia de Europa, que se debe á los Sumos Pontífices la reaparición de las ciencias, que se cultivaron antiguamente en Grecia y en Roma, ora entre los filósofos más célebres, ora por los santos Padres de los siglos de oro de la Iglesia de Oriente; debiéndose advertir además, que los Papas purificaron las ciencias antiguas de los errores de que adolecían, y eliminaron de la legislación romana las leyes que se resentían algo de la dureza y aun de la crueldad, propias de tiempos en los cuales aun no era conocida siquiera la palabra caridad, y mucho menos se practicaba esa virtud. No hablamos sino de hechos generales conocidos de todos, á los cuales añadiremos otros relativos á las relaciones internacionales que existen hoy entre el Oriente y Occidente.

¿Quién ignora que los Papas fueron los que inspiraron las Cruzadas y promovieron aquella liga Europea, que concluyó en Lepanto con la preponderancia de la media luna? ¿Quién no sabe que estuvieron enviando á las playas de los Dardanelos, de la Siria y del Egipto, por espacio de seis siglos, varones apostólicos, que rescataban los cautivos, y sembraban poco á poco en los corazones infieles la semilla de la caridad; pues veían estos, siempre con nuevo asombro, que en falta de dine-

ro, cargaban los apóstoles de la caridad con los grillos del cautivo, para que este volviese á su hogar á consolar á su esposa é hijos sumidos en la orfandad? Esa seguridad con que los europeos viven hoy en Oriente, no se debe tanto á tratados modernos, como á los Papas que han preparado por medio de la religion esos faustos resultados, que los hombres de una ilustración superficial, y de ninguna filosofía en historia, atribuyen á puras actualidades cuya conexión no ven con lo pasado, á la política de hoy? Hay al presente en la China un millón de cristianos, y cerca de tres en la Oceanía, en las islas y continente africano, y en el Indostán: cultívanse las ciencias divinas entre cuarenta millones que hay en las Américas, allí donde, hace cuatro siglos, no era conocido el nombre de Cristo, ni la existencia del Dios verdadero; allí, donde Moctezuma ofrecía cada año veinte mil corazones extraídos á diez mil mancebos y á otras tantas doncellas, en las aras de la idolatría; allí donde hace setenta años no se conocía más religion en sus regiones setentrionales que la que tiene ese cristianismo negativo que se llama protestantismo: cultívanse las mismas ciencias entre los mismos ciento sesenta millones de católicos que hay en el resto del orbe, y existen entre ellos verdaderas eminencias en ciencias naturales y exactas, en física, en matemáticas, en astronomía, en geografía y en historia: y ¿á quién se debe todo esto sino á los Papas? Qúitese al Papa de la tierra, y habrá un eclipse moral tan rápido, como sucedería, si estando el sol en el zenit de su carrera, se precipitase al Occidente en un segundo, ó se subiese, por una inversión de las leyes de su movimiento, á la region de las estrellas fijas. A primera vista se descubre en todo ese tegido de la revolución, un crimen contra los fueros naturales del linaje humano; porque se pretende establecer un divorcio con todo lo pasado. Y ¿qué adelantamos con que se haya progresado en haber adquirido una sensibilidad exquisitísima, en cuanto se dice que atañe á conveniencias sociales, y en procurarse los medios de pasar una vida cómoda y voluptuosa, á lo que se cifra en su último resultado la civilización moderna? Séres hay visibles y sensi-